LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA

PRECIO DE LA SUSCRICIÓN
MADRID: Edición de la mañana. 1 Pta. Mes.
PROVINCIAS Y PORTUGAL. . 5 Ptas. Trimestre
EXTRANJERO. . . . . 12 —
ULTRAMAR. . . . . 15 —
PRECIO DE LA VENTA
Por menor, 5 céntimos ejemplar. Por mayor, 90 céts. 30 ejempls.
MADRID. Factor, núm. 7.

DIARIO POLÍTICO Y DE NOTICIAS
ECO IMPARCIAL DE LA OPINIÓN Y DE LA PRENSA.
Fundador: D. Manuel María de Santa Ana.

Los anuncios de primera plana, reclamos, etc., financieros referentes á Bancos y Sociedades, á precios convencionales.
Se reciben en esta Administración, en la Sociedad General de Anuncios, en l'Agence Havas, 8, place de la Bourse (Paris), y en todas las agencias de publicidad.
Con arreglo á la Ley cada anuncio pagará 10 céntimos por impuesto de timbre.
ADMINISTRACIÓN, Factor, 7.

AÑO L.—NUM. 15.232 — Madrid Mártes 17 de Octubre de 1899 — EDICION DE LA NOCHE

AGALICOKINA
PODEROSO PRESERVATIVO DEL TIFUS
PRECIO 5 PESETAS FRASCO
De venta en todas las farmacias, droguerías y en la Sucursal de LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA.
PUERTA SOL, NÚMERO 1.

SOMBRILLAS.—DIEGO.—Puerta del Sol, 13

CORSES á medida y confeccionados, elegantísimos.—Requlez, BORDADORES. 9.

NOTA DEL DIA

LOS ÚLTIMOS

No es menuda labor la de reducir los gastos cuando de los gastos se vive.

Si es el presupuesto, como decía el Sr. Maura, la lista civil de la clase media española; si cobra del presupuesto una muchedumbre oficial excesiva, y se vá en dietas y gratificaciones otro caudal, tocar al presupuesto será y ha sido siempre llegar al alma de la generación contemporánea.

Pues bien, esas dificultades evidentes son las que aconsejaban que no se dejara pasar el tiempo sin ultimar el proyecto de la reforma administrativa. Nos encontraremos ahora con que después de reducidos los medios para el cumplimiento de los servicios, habrá que estudiar los servicios para acomodarlos á los medios y al presupuesto reducido.

Empezamos por donde era mejor que concluyéramos, y acabaremos por donde era natural que hubiésemos empezado.

Dicen que estas cosas ponen de malísimo humor al ilustre jefe del partido liberal, y que hace algunos días está amenazando con romper, no una lanza en su oposición contra el gobierno, sino tantas lo menos como son las que guarda la armería de los reyes.

Bueno será que las corrientes populares las soliciten los partidos, porque no van á ellos espontáneamente. Y podría ocurrir, que aparte de ellos, y contra ellos, vinieran por distintos caminos las afirmaciones que faltan, y la unión que las rivalidades de los personajes políticos imposibilitan, se hiciera entre clases, elementos, fuerzas y sumandos, verdaderamente nuevos, sin compromisos para mañana, sin responsabilidades anteriores, y con un programa que decretase en el primer artículo la jubilación de todos los ministros habidos y de todos los ministrables educados al calor de la gente vieja.

Las Cámaras de comercio, los Círculos industriales, las Ligas de productores y las Sociedades de contribuyentes tendrian mayores ó menores argumentos contra los partidos políticos vivos. Contra los partidos políticos muertos estará de su parte toda la razón, toda la verdad y toda la fuerza.

La masa que se agita ya no es neutra. La que toma parte en la vida pública ya no es despreciable, aunque sea pequeña. Si es numerosa y se organiza, ya puede ser fuerte. Y si convencida de su fuerza acierta en su dirección y en su empleo, ¿qué será de los personajes sin partido, de los elegibles sin electores y de las grandes estaturas sin pedestal y sin gloria?

Es caso de meditar arriba, porque ya es momento de agitarse abajo.

Al partido gobernante le quedan dos semanas para hacer un presupuesto, no como se hace un mosaico, con pedazos de lo que se reune, sino con alma, con pensamiento, con razón, con sistema.

Y á los partidos y á los políticos de la oposición, una temporada legislativa más breve que el tiempo que las Cortes puedan estar reunidas, una discusión para que muestren lo que se reservan con notorio perjuicio de su existencia y con excesiva reserva, el plan que oponer, la mudanza de las malas inclinaciones, la novedad en la reorganización de la justicia, del ejército, de la enseñanza y de los tributos.

Que siguiendo todo como sigue, el divorcio entre los educados para mandar y los educados para obedecer será irremediable.

Y se impondrán los últimos, porque siendo los más, tienen la fuerza, y la fuerza ha sido, para su mal ó para su bien, el orígen y la primera causa de todos los poderes de la tierra.

CRÓNICAS

EN LA VIDA

—Aniceta, hija mía, traeme la bolsa del tabaco y la pipa que están sobre la cómoda. Oye mujer, ¿qué tiene esta lámpara que hoy alumbra tan poco? Se halla el comedor casi en tinieblas... Así, *atiza* el mechero, á ver... Pascualín, ó te estás quieto ó te vas á la cama. ¿Por qué no coges el libro y repasas un poco? ¡Por vida del... ¡Lo que me pasa! Pues, mi infeliz cabeza de siempre. Pensaba haber comprado esta tarde al salir de la oficina una docena de *seguetas*, y las he olvidado. Y ya no tengo más que las dos sierrecillas presentes, y como se me partan con esta desdichada madera tan dura, ¡adiós trabajo por esta noche!

.....

—Sí que va á quedar muy bonito. Esta tabla que estoy calando ahora es la fachada principal del templo.

Mira que gótico florido más bello. Esto lo pondremos en la sala, sobre la cómoda, y luego haré la capillita para tu hermana.

—.....!...

—¡Que se van cuartos en esto! ¡La mar! Entre seguetas, madera, el dibujo, etc., nos sale el templo gótico por muy cerca de las diez pesetas.

¡Pero que va á hacer uno! En algo hay que entretener las noches. Mis compañeros de oficina se van todos por ahí; hasta Martínez, que tiene siete chicos y la mujer con la barriga á la boca... ¡Estudia Pascualín! Y me toman el pelo. ¡Ves lo que dije! ¡ya se me ha partido una sierra! Y me toman el pelo por esta vida casera que yo hago. Por supuesto *(sonriendo)* que tienen parte de razón; porque *(riendo)* ¿á quién faltaba yo con echar de cuando en cuando una canita al aire, y hasta *(ahogado por la risa, que no le deja hablar)* y hasta tener de cuando en trapicheo?... No, no te enfades. Lo digo en cuando un broma. Ya sabes que, como dice Martínez, el de la oficina, yo soy completamente bueno y completamente tonto.

Pero, no, no soy tonto *(con gravedad)*. Soy bueno y sabio. Perdona, hija mía, que un hombre, durante toda la existencia inmejorable marido para tí, padre sin igual para sus hijos, te hable con franqueza.

Algunas veces, cuando veo á mis compañeros gastar duros, ir de francachela, vestir con más lujo del que pueden, fumar más caro de lo posible para ellos, comer en Fornos, abonarse á la Plaza, siento no sé qué raros hormigueos en la cabeza y me dan ganas de correrla también de vez en cuando. Y la correría ¡sí, aunque te enojes!; la correría si tuviese una renta, que después de dar para que viviérais con un enorme boato, dejara un remanente que yo pudiera derrochar sin menoscabo vuestro. Porque se creen esos infelices cuando dicen de mí que no *hago vida*, que es que yo no concibo todo eso. ¡Vaya si lo concibo! Pero huyo de atrasar mi casa, de empeñarme, de comerme en un mes lo que gano en tres meses... ¡No, pedazos de mi alma! Dicen que no estoy en la vida; más que ellos... puesto que estoy en la de ustedes.

Ahí tienes á Pérez, el jefe de nuestro negociado. Ganaba doble sueldo que yo: 12.000 pesetas; pero gastaba no sé cómo 6.000 duros al año. Ahora poco se enredó con una bailarina, firmó pagarés, firmó unas letras falsas, engañó á un prestamista, y hace una semana, loco, desesperado, se dió un pistoletazo, se saltó el cráneo, y sus hijos á pedir limosna.

—No, no soy tonto. *(Hablando bajo, como para sí.)* Soy bueno. Sé acallar mis deseos de placeres; me sacrifico, me ciño á la necesidad de ustedes y á lo aburrido de mi vida. Y que se rían de mí. Me dice la conciencia que soy, no solo un hombre bueno, sino que un grande hombre.

(Alto, cómicamente enojado.) ¡No lo dije! No me es posible trabajar. Vámonos á la cama. Ya se me ha roto la última sierrecilla.

Claudio Frollo.

EN EL TRANSVAAL

LO QUE SERÁ LA GUERRA

El Sr. Voigt, persona que conoce admirablemente el Africa del Sur, publica en el *New York Herald* la siguiente carta acerca de la guerra entre Inglaterra y las dos repúblicas sudafricanas:

«Todas las personas imparciales que conocen el Transvaal y se hallan al corriente de la naturaleza del país, de sus habitantes y de sus armamentos, se encuentran muy sorprendidas por las noticias publicadas por la prensa inglesa; si hemos de creerla, el día en que las tropas inglesas y sir Redvers Buller hayan llegado al Africa del Sur, será cosa de unas semanas la conquista del Transvaal y la ocupación de su capital. Así el corresponsal del *Daily Telegraph* dice que Pretoria no ofrece, á pesar de sus cinco fuertes, ninguna resistencia seria.

Pero, los que conocemos el armamento de esos fuertes, no llegamos á comprender cómo podrá Inglaterra llegar á apoderarse de ellos...

La idea de que los boers no correrán el riesgo de una resistencia á la poderosa Inglaterra, y que serán rápidamente exterminados, ha llegado á generalizarse.

Evidentemente así sucederia si la república boer estuviese situada en Europa. Pero se encuentra enclavada en el corazón de Africa; sus fronteras se hallan lejanas del mar, y su capital y su principal fortaleza se alzan casi en el centro del país.

Seguramente los ingleses podrán utilizar el ferrocarril hasta las fronteras; pero después tendrán que recurrir á las mulas y á los bueyes para el trasporte de sus aprovisionamientos y de sus municiones. Es preciso conocer las dificultades de este género de trasportes en un país como el Transvaal, para comprender lo que esto quiere decir.

También es necesario no olvidar que nada se puede obtener durante la invasión, y que es preciso que el ejército inglés lleve consigo toda la impedimenta, incluso el forraje para el ganado. Nada más que para proteger el servicio de la intendencia de los golpes de mano de las guerrillas boers, se necesitan grandes fuerzas.

Cuando se trate de atravesar los numerosos riachuelos y los muchos desfiladeros que naturalmente se hallarán bien defendidos, la artillería deberá tomar posiciones en las colinas, á fin de proteger á las tropas contra el fuego de los boers, que conocen perfectamente todos los accidentes del terreno y se concentrarán en un abrir y cerrar de ojos sobre un punto dado.

Se cree en Inglaterra que los meses de verano (de octubre á abril) son los más favorables para la campaña. ¡Qué gravísimo error! Será preciso ver las marchas de la infantería inglesa con toda la impedimenta y bajo un sol abrasador que alcanzará á veces á 130 y 140 grados del termómetro Fahrenhoit (de 54 á 60 grados centígrados), continuamente acosados por una nube de guerrillas montadas de boers, con las frecuentes lluvias tropicales que rompen la monotonía y trasforman los arroyos inofensivos en furiosos torrentes, desafiando al hombre y a los animales á que los atraviese...

Admitiendo—continúa el Sr. Voigt—que las tropas inglesas, en las circunstancias más favorables, lleguen hasta las inmediaciones de Pretoria, bastará un reducidísimo número de boers para defender los fuertes, mientras que la mayor parte de sus conciudadanos permanecerán en los campos. Es completamente imposible encerrar á los boers en una trampa dada su manera de combatir.

Pretoria puede ser clasificada entre las fortalezas que hasta en Europa impondrían respeto. Los cinco fuertes que rodean la plaza son de construcción muy reciente y están armados con cañones Krupp ó Creuset de último modelo. Muchas piezas son de calibre 25 ó de 28 y pueden mantener alejado el enemigo en un radio de 160 kilómetros. Estos fuertes se hallan admirablemente protegidos por obras de mampostería y corazas.

Las piezas de grandes calibres son menos de temer que las piezas pequeñas de tiro rápido do 5,8 y 7,5 centímetros que han sido entregadas recientemente á los boers por la casa Krupp. Estas últimas bocas de fuego son de más facil trasporte y pueden hacer 30 disparos por minuto.

A excepción de algunos canones de tiro rápido Nordenfelts y Maxims, la mayor parte de los cañones ingleses son del antiguo sistema Armstrong.

En lo que se refiere al arma de infantería los técnicos prefieren el Mauser alemán de 7 milímetros modelo 1893-95 que poseen los boers al Lee-Metfordenfiel de los ingleses, que casi se inutiliza á los pocos disparos.

Pero prescindamos de la cuestión de armamento. La principal dificultad para las tropas inglesas será la cuestión de aprovisionamientos. Toda la línea de comunicación deberá estar bien protegida y queda por ver cómo los invasores resolverán esta cuestión con la táctica de guerrillas de los boers.

Naturalmente que á la larga deben ser vencidos los boers si se continúa la guerra con obstinación.

Sin embargo esto costará á Inglaterra muchos millones y muchos miles de vidas humanas, y es cuanto tengo que decir por anticipado en este corto artículo escrito por un hombre cuyas simpatías no se inclinan ni á los unos ni á los otros, termina el señor Voigt.

MEETING REVISIONISTA

POR TELÉGRAFO

Castellón 16, 6'35 t.

Excitados los ánimos en Villarreal por el meeting de anoche, salieron esta mañana hasta el tren algunos grupos, con ánimo, al parecer, de cortar el paso al Sr. Blasco Ibáñez.

Este no iba en dicho tren y los alborotadores se limitaron á dar vivas al Corazón de Jesús y mueras á la masonería.

El gobernador de la provincia adoptó precauciones para que no pudiera ser agredido el tren de las cuatro de la tarde, en que salió el Sr. Blasco, enviando preventivamente algunas fuerzas de la guardia civil. El tren pasó sin novedad.—*Walterio.*

VISITAS REGIAS

POR TELÉGRAFO

(DE NUESTRO CORRESPONSAL PARTICULAR)

El emperador Guillermo no irá á Inglaterra.—Visita del czar á Potsdam.—La libertad de la prensa alemana.

Berlín 17, 10'40 m.

La *Westphalische Zeitung* anuncia que el viaje del emperador Guillermo á Inglaterra no se verificará, como se había asegurado, por temor de que la visita del soberano alemán á su ilustre abuela la reina Victoria se interprete de un modo desfavorable para el Transvaal.

En los círculos ministeriales se asegura también que en breve visitarán al emperador Guillermo en su palacio de Potsdam el czar de Rusia y la czarina.

Los autócratas rusos permanecerán muy pocas horas en la residencia actual de los soberanos alemanes.

Herr Kuchler, redactor de la *Gaceta de Francfort*, ha sido condenado á seis meses de cárcel por haber censurado al gobierno de Hesse de haber violado la Constitución. Otros dos periodistas han sido también condenados por haber criticado al gobierno.—*Holdzman.*

EL PARLAMENTO INGLÉS

POR TELÉGRAFO

Londres 17.

El discurso que la reina Victoria dirigirá al Parlamento con motivo de la reapertura del mismo, estara concebido en términos breves.

Dirá que el Parlamento ha sido convocado en legislatura extraordinaria para cumplir las prescripciones de la ley, en virtud de la cual deben ser convocadas las Cámaras forzosamente en el término de diez días cuando hayan sido llamadas las reservas.

Además, el estado de las cosas en el Africa del Sur hace necesaria la reunión de los Cuerpos Colegisladores.

Añadirá que las relaciones de la Gran Bretaña con los demás países son pacíficas, excepto con el Transvaal y el Estado libre del rio Orange.

Terminará encareciendo á la Cámara de los Comunes la conveniencia de que discuta y apruebe cuanto antes los créditos indispensables para llevar á cabo en el Africa a política del gobierno inglés.—*Fabra.*

ELECCIONES EN BÉLGICA

POR TELÉGRAFO

(DE NUESTRO CORRESPONSAL PARTICULAR)

Bruselas 16, 9'12 n.

Las elecciones para la renovación parcial de consejos comunales (ayuntamientos), se han efectuado con tranquilidad.

La situación relativa de los partidos continúa siendo casi la misma.—*Duval.*

LOS TEATROS

PRINCESA

LA ENAMORADA, comedia en cuatro actos de Marco Praga, adaptada á la escena española por D. Manuel Bueno.

Hay que agradecer al Sr. Bueno, cuyas galanuras de estilo apreciamos á diario en crónicas y cuentos que publica la prensa, la iniciativa en dar á conocer al público español las obras de uno de los mejores autores dramáticos, que en un brillante renacimiento de su teatro honran á la moderna literatura italiana.

Y hacemos constar lo de la iniciativa, porque *La enamorada*, aplaudida anoche en el teatro de la Princesa, estaba traducida por Manuel Bueno y aceptada por Ceferino Palencia desde mitad de la temporada anterior y mucho antes de que la compañía de Teresa Mariani representase en Madrid otras obras del mismo Marco Praga y nos hiciera conocer parte de ese repertorio moderno italiano que se inspira en la realidad, y en forma sencilla, tiene tal fuerza de expresión, cosas ambas tan difíciles de conseguir al hacer obra de arte.

La enamorada, cuya adaptación está admirablemente hecha—y conviene decirlo desde luego porque por desgracia es frecuente el caso de que cualquiera que nada tenga de literato ni mantenga con la gramática las mejores relaciones, se crea con derecho á entrar dinero en mano, ó á saco, en el teatro extranjero y ejercer la poco arriesgada industria de arreglador ó destripador de obras aplaudidas allende el Pirineo,—*La enamorada*, repetimos, es, á nuestro juicio, y á juicio del público si tenemos en cuenta el aplauso con que la ha recibido, una hermosa comedia.

Su mérito principal es ser esencialmente humana. En los tiempos que corren—quizás ocurrió lo mismo en todo tiempo—las tempestades del alma que producen las catástrofes trágicas, es raro que lleguen con la impetuosa violencia y la vertiginosa rapidez de los ciclones, anunciándose desde lejos con gran aparato de fragor de truenos, oscuridad de horizonte y deslumbrantes relámpagos.

La sospecha, la leal advertencia, la infamia del anónimo, una palabra ó un gesto imprudentes, un papel olvidado, el azar—enemigo implacable del delincuente—forjan la primera nubecilla que turba la pureza del azul horizonte de la felicidad que en este bajo mundo suele estar más en la fe ó la ilusión que en la realidad de las cosas.

Y empujada por encontradas pasiones que sobre ella acumulan elementos distintos, al correr natural de los sucesos, la nubecilla crece, rueda, llega un momento en que su seno encierra enconos que son como poderosos fluidos enemigos, que al encontrarse al fin producen el choque, el rayo, la catástrofe, que en el mar inmenso de la vida suelen no tener más repercusión que el suelto vulgar, sobre el cual pasamos con indiferencia los ojos al leer el periódico donde se anuncia un suicidio por amor, una demanda de divorcio, ó á lo sumo el crimen más ó menos pasional del día, ó la noticia velada del duelo verificado con todas las reglas de corrección de los modernos usos caballerescos.

Conducir y expresar con esa naturalidad y esa sencillez el drama ó la tragedia que á diario se desarrollan á nuestro alrededor, dando verdadera naturaleza humana á los personajes, y no haciendo de ellos muñecos que se mueven á capricho del autor, sino personas de carne, huesos, corazón y cerebro que obedecen á las condiciones, buenas ó malas, de su temperamento y su carácter, haciendo de cada escena, de cada acto, un trozo de vida, sin aparatosas tiradas que encubran artificios y falsedades; pero con el suficiente poder de expresión para hacer sentir la palpitación del drama, la realidad del conflicto, la ternura del afecto, el poder fascinador de la pasión, que puede arrastrar á las más altas sublimidades como á las más profundas bajezas, es, á nuestro juicio, realizar la obra de arte más difícil y es cumplir la más verdadera misión del autor dramático—si tiene alguna que cumplir además de las que llevan por lemas, en tendencias encontradas, *el arte por el arte* ó *el arte por la idea*—la misión de dejar á las edades venideras la más fiel pintura de la época en que ha vivido.

Como hermoso trozo de esa pintura aplaudimos *La enamorada* de Praga y nos deleitan en todo ó en parte casi todas las obras que de éste autor conocemos por la lectura ó por la representación.

Claro está que si al talento, por grande que sea, solo le es dable aproximarse en lo posible á la perfección—que ésta solo es dable al genio el alcanzarla,—en un análisis más profundo que el permitido por el tiempo y el espacio de estas crónicas de la madrugada siguiente al estreno, habríamos de encontrar algunos defectos en la obra, tan discretamente y con tan excelente forma literaria adaptada á nuestra escena por el señor Bueno.

Alguno, en su cariño por la comedia con tal acierto y tan correctamente por él presentada al público español, ha hecho desaparecer el adaptador, demostrando así gran conocimiento de la escena y condiciones de autor dramático, indispensables para estos trabajos, en los cuales si el resultado ha de ser laudable y digno el arreglo de la obra original, debe existir verdadera colaboración entre autor y adaptador.

Otros han quedado; y no podía ser menos si había de respetarse, como es deber sagrado, cuanto es fundamental en la obra primitiva.

La pasión, más de... piel—como dicen los franceses—que siente el conde por la esposa de Claudio—cuya virtud, según nos cuentan, no tiene nada de romana—se concibe, porque así vemos ó adivinamos qué sucede todos los días, que arrastre á aquel carácter débil y frívolo á todas las liviandades y á todas las bajezas; pero no se concibe que le lleve á calumniar á su propia esposa de ser la amante de Claudio. Para vencer virtud tan ligera no necesitaba el conde, que bastantes perrerías hace á su mujer, de tan infame invención. Ese recurso sólo creía necesitarlo el autor para vencer á la enamorada condesa y llevarla al suicidio, á la única separación posible de aquél á quien ama tanto, que no se contenta con morir por él sino que muere perdonándole.

La catástrofe que pone fin á la comedia y que era fatal en tal conflicto, vendría lo

---

88

LAS MEMORIAS DE GORON

JEFE DE LA POLICIA DE PARIS

Traducción de Ricardo Vinuesa

ILUSTRACIONES DE ROJAS

Presidente.—¿Por qué dijo que iba á Marsella más bien que á otra parte?

Antonieta.—Porque tenía en dicho sitio un amigo en cuya casa se hospedaría, y que, por consiguiente, sus gastos serían pocos.

Presidente.—¿Le dijo á usted que no volvería?

Antonieta.—Sí.

Presidente.—¿Pero no le dejó á usted nada?

Antonieta.—Algunos efectos.

Presidente.—Algunos trapos. ¿Le envió á usted algun telegrama desde Marsella?

Antonieta.—Sí, le recomendé me pusiera uno á su llegada.

Presidente.—¿Cómo lo habia firmado?

Antonieta.—No me acuerdo.

Presidente.—Lo firmó con las iniciales O. A. ¿No le previno á usted que él emplearía esa firma?

Antonieta.—No; pero adiviné muy bien que era de él.

Presidente.—¿Recibió usted también una carta?

Antonieta.—Sí.

Presidente.—¿La rompió usted?

Antonieta.—Eran algunas palabras sin importancia.

Presidente.—¿Sin duda usted la rompió porque en ella empezaba á hacerse un poco la luz en su espíritu?

Antonieta.—Yo no tenía aún esa idea.

Presidente.—¿Le hizo á usted un encargo?

Antonieta.—Sí.

Presidente.—¿Le envió una carta para poner en el correo?

Antonieta.—Sí.

Presidente.—¿Una carta á M. P.?

Antonieta.—Sí, señor presidente.

Presidente.—¿La echó usted al correo?

Antonieta.—Sí, pero yo no he comprendido la importancia.

Presidente.—Sin embargo, esa carta era mentirosa. El decía que estaba en Londres, cuando en realidad se encontraba en Marsella. Y el 21 de marzo, cuando á las once de la noche el juez llamó á la puerta de usted y le preguntó: «¿Dónde está el hombre con quien usted vive?», usted respondió: «¡Está en Londres!»

Antonieta.—Fué una fatalidad; no hubo premeditación de mi parte. Yo no quería engañar á la justicia.

Presidente.—Pero el juez hizo á usted un segunda pregunta cuya importancia debió usted comprender. «No, él no está en Londres; está en Marsella.» Usted comprendió, usted estaba aturdida. El juez le dijo á usted con dulzura: «Cuando vuelva usted á su estado normal, dirá la verdad...» Pues en ese momento terrible, usted le decía: «Ved ahí la cama... El se ha acostado en ella... Ha permanecido ahí toda la noche, á mi lado...» Pero debido solamente á la alteración de sus facciones, el juez lo comprendió todo. Al día siguiente persistía usted aún, quería salvarle todavía; pero el juez encontró en su experiencia, en el conocimiento que tiene del corazón humano, el verdadero medio de obtener la verdad de una naturaleza que, en el fondo, es buena y honrada como la de usted. El le dijo: «Está usted libre; mañana vendrá por propia iniciativa á decirme la verdad.»

Antonieta.—¡Es cierto!

Presidente.—Hoy es la primera vez que usted presta juramento; hasta entonces no había sido interrogada sino como cómplice. Vamos á ver si usted persiste en sus últimas declaraciones. El 25 de mayo, ¿qué ha escrito usted al juez de instrucción?

Antonieta.—Que habia estado loca, que involuntariamente había engañado á la justicia, y que venía á decirle con la verdad de mi conciencia, que Pranzini no pasó la noche conmigo.

Presidente.—¿Llevó usted misma la carta al juez?

Antonieta.—Sí.

Presidente.—Y al entregarla, ¿qué dijo usted?

Antonieta.—Que lo que contenía era la verdad.

Presidente.—¿Persiste usted en esa declaración, que Pranzini no apareció por su casa durante la noche del 16 al 17 de mayo?

Antonieta.—No vino.

Presidente.—No fué sino el 26, día en que usted completó sus confesiones, cuando usted dijo que él le habia hecho el relato del crimen. Usted motivaba las reflexiones tardías por esta profunda reflexión: «Estaba convencida que existía un misterio fatal; pero hoy que sé que las alhajas de esa mujer han estado en su poder, la verdad me consta.» Retened esta reflexión, señores jurados. ¿No vió usted en el transcurso del mes de marzo un cuchillo en la maleta del acusado?

Antonieta.—Sí; pero era más bien un cuchillo de caza.

Se presentan á la señora S... los diferentes cuchillos. Reconoce el de asta de ciervo que Pranzini llevaba habitualmente en el bolsillo; pero no reconoce ninguno de los otros dos.

—El que yo he visto en la maleta—exclamó—era un cuchillo de lujo, de un tamaño medio entre estos dos.

Presidente.—¿Tenía él necesidad de un cuchillo para componer sillas en casa de usted?

Antonieta.—Habia, en efecto, sillas que componer, que ajustar, pero no madera que cortar.

Presidente.—Después del careo que tuvo con él, ¿usted sostuvo que habiais pasado toda la noche juntos?

Antonieta.—Ciertamente; pero no era verdad. La verdad la he dicho hoy.

Presidente.—Conducido el acusado á París, habia usted de sufrir un careo con él, y aquí se registra una de las páginas más conmovedoras de la instrucción. El juez dijo á usted: «Va usted á ser careada con Pranzini», y usted le respondió: «Procuraré tener valor para ello, siento que tengo un deber que cumplir. Si supiera usted, señor, como sufro... Yo he amado á ese hombre, y aseguro á usted que el primer día hubiera querido mejor ser guillotinada en su lugar.»

Presidente.—Veamos, Pranzini. ¿Persiste usted en sostener con seriedad que la mujer que ha dicho eso es una mujer que quiere perderle, que inventa toda una novela para perjudicarle?

Pranzini (con voz alterada).—No sé nada. Digo que no sé nada.

Aquí el presidente recuerda el conmovedor careo entre la señora S. y Pranzini, cuyo relato detallado hemos dado en el capítulo «El amor de una mujer.

Presidente (á Antonieta).—¿Usted persiste, por supuesto, en el relato que ha hecho después de este careo?

Antonieta.—Sí, señor presidente.

Presidente.—¿Ha oído usted, Pranzini? Pues bien: hoy cambia usted de sistema y dice que ha pasado la primera parte de la noche en un sitio que no quiere designar por un sentimiento caballeresco; que volvió usted á entrar; que pasó el resto de la noche en un sofá, y que por la mañana habia ido á pasear por el boulevard exterior. ¿Es posible que haya usted entrado sin haber sido oído?

Antonieta.—Yo no le oí.

Presidente.—Aquí, por un sentimiento de piedad que yo respeto, observa usted cierta reserva. En la instrucción está usted más afirmativa; decía que eso era imposible.

Antonieta.—Yo no puedo decir más que una cosa: yo no le he oído. Si vino, fué preciso que haya sido muy callandito.

Presidente.—Es muy extraño que saliera á las seis de la mañana con ese tiempo horrible. ¿Habria querido persuadir á usted que habia dormido fuera de casa? ¿Estaba usted enfadada con él entonces?

Antonieta.—Jamás tuve riñas con Pranzini.

El tribunal que entiende en asuntos criminales, es ciertamente el más conmomedor de los teatros de melodrama. A medida que la señora S... hablaba con una sinceridad dolorosa, la luz se hacia más viva en el espíritu de los que podian dudar aún.

El señor presidente lee una declaración anterior del testigo, en la cual la señora S... estaba muy afirmativa sobre la imposibilidad de que Pranzini pudiese entrar sin que ella dejara de notarlo. En esta misma declaración daba, después del relato de Pranzini, una descripción muy exacta del armario en donde, según él, se habia escondido.

Presidente.—Pranzini, ¿cómo sin haber estado en el domicilio de la víctima, la señora S... ha podido dar esa descripción del armario?

Pranzini.—Yo he dicho al señor juez de instrucción que era absurdo ese relato.

Presidente.—Se aparta usted siempre de la cuestión... ¿Cómo se explica que la testigo haya dado esa descripción tan exacta del armario?

Pranzini.—Yo no he hecho ese relato.

Presidente.—Siempre el mismo sistema; no responde usted á mi pregunta.

Pranzini.—No sé.

Presidente (á la testigo).—¿No recibió usted el 17 por la mañana una visita?

Antonieta.—Sí.

Presidente.—¿De quién?

Antonieta.—De una señora empleada de almacén á quien habia prestado unos gemelos. La invité á que tomase conmigo una taza de té, y como no quería entrar por discreción, le dije: «Puede usted entrar, estoy sola. Pranzini no ha venido esta noche pasada.»—«Quizá habrá ido al baile», me dijo.—«Tal vez», le respondí.

Presidente.—¿Después de la detención no tuvo usted una conversación con Paulina S.., á propósito de ese asunto?

Antonieta.—Estuve detenida dos días. Al siguiente de estar en libertad, esa señora vino á verme y me preguntó por qué no habia dicho la verdad. «¡Qué quiere usted!—la contesté.—He mentido para salvarle.»

Presidente.—Pranzini, quiero intentar un último esfuerzo. Esa mujer que ha mentido

NOTA. Queda prohibida la reproducción.

Ministerio de Cultura